



HIMNO AL FINAL DEL VIAJE

ERIK FOSNES HANSEN

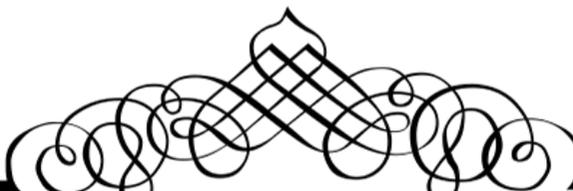


*La historia de los músicos que decidieron
hundirse con el **Titanic***

10 de abril de 1912. Siete personas se unen a las más de tres mil que embarcan en el Titanic. Son los músicos de la pequeña orquesta del mayor barco del mundo.

Durante los cinco días de travesía antes del hundimiento, asistiremos maravillados al fascinante espectáculo que supone la vida cotidiana a bordo del majestuoso transatlántico. Una grandeza y un esplendor que contrastan con la intimidad y el desgarramiento de las vidas de esos músicos, extranjeros de sí mismos unidos en un mismo destino: aquél donde van a morir los sueños perdidos y donde sólo la música y el arte nos redime.

Himno al final del viaje es algo más que una novela de alta factura literaria. Es también una metáfora de Europa en el umbral del nuevo siglo e inexorablemente abocada a su propia destrucción.



Proyecto Scriptorium

Edición conmemorativa



ANIVERSARIO



*“No importa lo ocupado que creas que estás,
debes encontrar un hueco para la lectura.
De lo contrario habrás escogido sumirte
en la más absoluta ignorancia”.*

Confucio.



epublibre

Más libros, más libres

A te Katerina, perchè ci sei

DER HARFNER

Wer nie sein Brot mit Tränen ass,
Wer nie die kummervollen Nächte
Auf seinem Bette weinend sass,
Der kennt euch nicht, ihr himmlischen Mächte.

Ihr führt ins Leben uns hinein,
Ihr lasst den Armen schuldig werden.

Dann überlasst ihr ihn der Pein:
Denn alle Schuld rächt sich auf Erden.

J. J. W. GOETHE

EL ARPISTA

Quien nunca comió pan con lágrimas,
Quien nunca en la noche afligida
Se sentó en su lecho llorando,
No os conoce, fuerzas de los cielos.

En la vida nos internáis,
Dejáis al pobre ser culpable.
Lo abandonáis luego al tormento:
Pues en la Tierra toda culpa halla venganza^[1].

J. W. GOETHE

ORQUESTA
a bordo del
R. M. S. TITANIC
10 a 15 de abril de 1912

Jason Coward, <i>director</i>	Londres
Alexander Bjezhnikov, <i>primer violinista</i>	San Petersburgo
James Reel, <i>viola</i>	Dublin
Georges Donner, <i>violonchelo</i>	París
David Bleiernstern, <i>segundo violinista</i>	Viena
Petronius Witt, <i>contrabajo</i>	Roma
Spot Hauptmann, <i>piano</i>	Procedencia desconocida

Los siglos se alejan fluyendo como un lento río de sonidos e imágenes. Pasan rostros y ciudades.

Algunas imágenes son claras y nítidas, otras desaparecen como en una neblina.

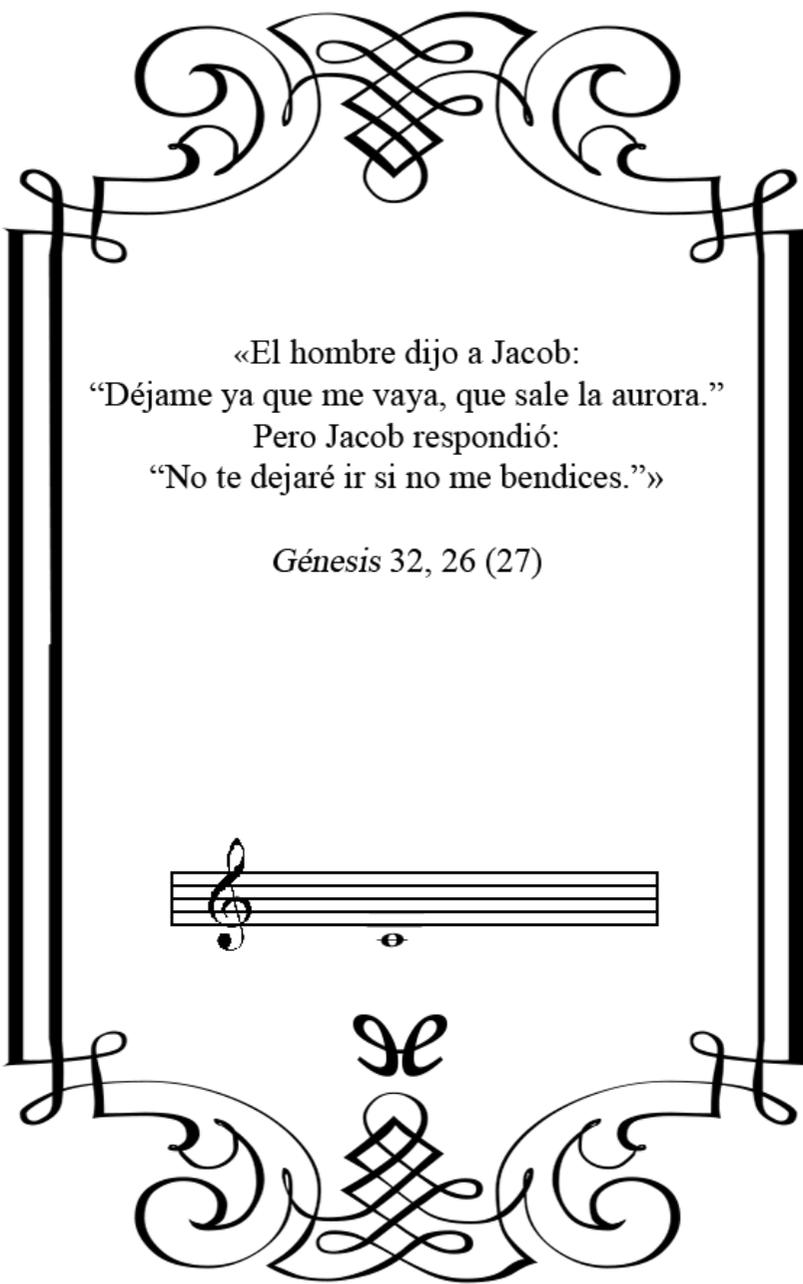
Toda época tiene sus imágenes y sus sonidos.

Hay épocas en que los himnos resuenan y se elevan bajo bóvedas de piedra. Pero también hay sonidos de hierro, de gritos de fuego o de murmullos que son un llanto silencioso. Se alejan lentamente, deslizándose como témpanos de hielo en el agua.

Y no puedes detenerlas.

Son casi como imágenes secretas del sueño, iconos perdidos en que se han pintado épocas y rostros ajenos con viejos colores. Todas las épocas tienen sus imágenes y sus sonidos.

Es como un poema olvidado.



«El hombre dijo a Jacob:
“Déjame ya que me vaya, que sale la aurora.”
Pero Jacob respondió:
“No te dejaré ir si no me bendices.”»

Génesis 32, 26 (27)



1

*Miércoles, 10 de abril de 1912
Londres, poco antes del amanecer*

Salió por el portal y entró en la mañana.

Pensó: Resulta extraño andar por las silenciosas calles del amanecer, solo, de despedida, de camino. Siempre de camino. Aún es temprano, aún oyes el eco de tus propios pasos sobre el empedrado. Aún no ha salido el sol.

La calle empieza a descender en dirección al Támesis. En la mano llevas un maletín, y bajo el brazo el estuche del violín. Todo. Es fácil andar. Y al doblar la esquina hacia el este verás el cielo.

Anduvo. Lo rodeaban los edificios de la ciudad; al amanecer parecían ligeros, transparentes. Casi flotaban. Y en el espacio de las calles, entre las filas de las casas, la luz del alba entraba a chorros, tan azul como sólo puede serlo en el mes de abril, imposible de captar, como un intervalo desconocido. A esa hora tan temprana no había mucha gente: algunas mujeres de la calle, algún que otro verdulero tirando de un carro, algunos paseantes matutinos, él mismo. Pasos sobre el empedrado. Los rostros tan transparentes como la ciudad a causa de la luz. Pensó: Así es también mi rostro en este momento.

Había llegado a la esquina.

Sabía: Hoy me he levantado y he dejado la pensión. Las sábanas estaban húmedas y sucias. Otra pensión más, otra cama más en la que nunca volverás a dormir. Todo lo desconocido se alza ante ti. Así ha sido durante mucho tiempo. Ha habido muchas mañanas y calles silenciosas como éstas en muchas épocas del año. Paseas por las ciudades viendo cómo vive la gente, ves prendas de vestir y ropa de cama secándose en la noche; cuelgan de las cuerdas, esperando. Detrás de las ventanas duermen los niños, las mujeres, los hombres. Es algo que sabes. Si te esfuerzas, casi puedes oír su respiración. Lo sabes, pero no lo entiendes. No es algo tuyo. Nunca lo has vivido. Antes esto te ponía furioso o hacía que sintieras miedo, llegabas a decir cosas terribles o echabas a correr. Ya no es así. Lo que ves no es otra cosa que tu propio enigma; te entristece y a la vez te hace sentir feliz.

Se quedó inmóvil por un instante: Es como en un espejo.

Y dobló la esquina. Vio el Támesis, incoloro y tranquilo. En medio del río flotaba la fina niebla. El cielo estaba inundado de aquella misteriosa luz azul, pero al este estaba rojo. Se quedó en la esquina, esperando. Ése era su río, se había criado junto al Támesis, y conocía sus colores, sus sonidos, sus olores. Comprendió: Qué suerte haber sido niño junto a un gran río.

Y entonces salió el sol. Dejó en el suelo el maletín y el estuche del violín. Vio transformarse todo lentamente; los contornos se hacían más nítidos, adquirirían mayor profundidad, el río se impregnó de color.

Permaneció durante un buen rato mirando todo lo que era de color rojo.

—Debe de encontrarse un poco a la derecha, por debajo del disco solar.

La voz del padre.

–¿Falta mucho todavía? –Es su propia voz, clara, interrogativa. Hace mucho tiempo, tiene diez años. Está muy lejos, y al mismo tiempo se aproxima.

–Dentro de unos cinco minutos, nada más. –Su padre mira el reloj. ¿Qué hora marcaría? Era el venerable reloj de oro que su padre llevaba invariablemente; tenía tapa y monograma y siempre marcaba la hora exacta.

–¿Qué hora es? –De nuevo era él mismo quien preguntaba.

–Las cinco cuarenta y siete y medio.

Sí. Entonces es la hora exacta. Su padre frunce el entrecejo y mira el reloj. Luego coloca el disco de cristal ahumado en el soporte que hay delante de la lente superior del telescopio. De esa manera pueden mirar directamente al sol sin dañarse los ojos. Es una mañana de verano, en el prado. Huele a hierba y tréboles, y los pájaros acaban de iniciar su canto. Él y su padre han viajado un par de horas para llegar allí. Para ver un paso de Venus. El sol todavía está rojizo, pero sube muy deprisa.

–Así. Ahora puedes centrar y fijar.

Y con manos inexpertas, que no obstante ya han aprendido qué deben hacer y pronto harán todo sin ayuda, con blancas manos de niño, un poco frías, localiza el sol, hace girar los tornillos y coloca el telescopio en la posición correcta. Luego mira por el ocular, fija, ajusta. El padre consulta su reloj, que marca la hora exacta.

–Las cinco cuarenta y ocho y tres cuartos. ¿Ves algo, Jason?

Y Jason ve. El disco solar, marrón dorado a través de la lente ahumada, parece llenar todo el campo visual. Tarda unos segundos en acostumbrarse del todo, pero ahora ve pequeños cilios y algunas manchitas marrones en el sol.

–¡Papá! Veo manchas en el sol. ¡Y portuberancias!

–Protuberancias.

–¡Sí!

–¿Me dejas ver?

–¡Sí!

El padre mira. Y luego vuelve a dejar el telescopio a Jason. Saca de nuevo el reloj, es su reloj de médico.

–Ya estará a punto. Dentro de un minuto y treinta y cinco segundos. Presta atención. Abajo a la izquierda. Se distinguirá claramente de las manchas del sol.

Y el Jason adulto, al contemplar esta imagen en él mismo, lejana, cercana –como en un telescopio– sabe que el reloj del padre marcaba la hora exacta, la hora que debía marcar.

–¡Ya sólo faltan unos segundos!

Y el sol empieza a desaparecer del objetivo, sube y se mueve hacia arriba alejándose en el horizonte.

–¡Hay que ajustarlo, papá!

–Podemos esperar hasta que el planeta se haya puesto delante del disco solar. Ahora deberías poder verlo.

En medio de lo negro, el sol es como un barril de llamas. Y allí, exactamente por la esquina derecha, entra deslizándose una mancha redonda sobre la superficie del sol. Es, claramente, un disco pequeño, perfectamente circular, no es una mancha solar.

–¡Ya lo veo! –La voz clara. Huele a prado.

–¿Estás seguro? Déjame ver, y así te lo ajusto. –Y el padre ajusta, exclama que sí, en efecto...

Jason a duras penas puede estarse quieto, éste es su primer paso de Venus, han esperado durante semanas, con tiempo nublado, nerviosos y preocupados; un paso de Venus es una cosa poco común, dice el padre, ¿y si las nubes no desaparecen para el domingo? Pero las nubes desaparecieron la noche anterior. El padre termina de enfocar y Jason puede mirar de nuevo. El planeta ya está bastante más adentro de la superficie del sol, pronto pasará al centro.

–¡Algo poco común! –exclama Jason humildemente, y el padre suelta una carcajada.

Pronto ha pasado todo, pronto ha pasado Venus. Caminan por una carretera con charcos, desayunarán en la fonda. El padre lleva el telescopio, Jason el soporte. Pesa, caminan despacio.

La voz del padre, gruñona:

–... y debido al paralaje los dos observadores obtendrán resultados algo distintos, y de esa manera, con la trigonometría podrá calcularse la distancia a Venus. Pero no sólo eso. Conociendo las leyes de Kepler y sabiendo la distancia entre la Tierra y Venus, puedes calcular la distancia entre todos los demás planetas. Resulta que el cuadrado del período de la órbita es proporcional al cubo de la distancia media a...

Sonaba como una canción.

En la fonda conocieron a otros dos astrónomos aficionados. La conversación fluye mientras toman huevos, tostadas, mermelada y té. Jason sólo capta algunos fragmentos. Uno de los dos desconocidos está tan entusiasmado que le caen por la barba restos de huevo y té.

–¡Hoy la Diosa del Amor se ha deslizado por el sol!

El té y las migas caen al mantel.

–¡La hemos visto tan nítidamente!

–¿Y la próxima vez? –irrumpe Jason. Los desconocidos ríen entre dientes.

–No habrá próxima vez –dice el padre–. Al menos para ninguno de los que estamos aquí.

Jason no lo comprende.

–Pero en el año 2004 volverá al sol. Dentro de unos ciento veinte años.

Jason se queda helado al pensarlo. Él no vivirá hasta entonces. Se mira las manos. Es como si el mundo quedara en suspenso por un instante. ¿Los planetas no se detienen ni siquiera un segundo? El padre mira el reloj, es hora de marcharse si no quieren perder el tren.

Esto ha quedado en Jason. Lo ve como algo lejano, como a través de distancias interespaciales. Un segundo. Un segundo de la hora exacta.

Jason se incorporó. Aún había un rojo amanecer... La luz roja. Pero no quería pensar en eso ahora. No en la luz roja. Recogió el estuche del violín y el maletín y siguió andando por la calle. No pensar en lo otro ahora. ¿Te acuerdas del paso de Venus? Se acuerda.

Sí, pero hay algo más. Noches frescas en la buhardilla que daba al sur, noches de invierno con racimos de estrellas centelleantes en el cielo, el estremecimiento en su interior debido al precipicio entre la Vía Láctea y la nieve. Allí, en el alféizar de la ventana, Jason entabló amistad con todos los planetas. Habían colocado el telescopio en el suelo delante de la ventana, apuntando hacia la noche.

—Allí en Géminis puedes ver Saturno. Si la atmósfera está despejada esta noche podremos ver el anillo. —Y cuando Saturno había subido tanto que se encontraba justo por encima de las chimeneas de la casa que se alzaba al otro lado de la calle, el aire estaba lo suficientemente claro como para poder ver el anillo. Lo que antes había sido una mancha difusa y reluciente en el objetivo, se había convertido en un nítido punto redondo, y ese punto estaba dentro de un anillo. La luz era constante y amarilla. El anillo era como un puente circular alrededor de Saturno.

—Parece bastante solitario —susurró Jason, como si tuviera miedo de molestar al planeta.

—Es un planeta muy lejano. —También el padre hablaba en voz baja—. Su distancia a la Tierra se calcula en más de mil quinientos millones de kilómetros.

Dentro de Jason apareció de nuevo el pequeño estremecimiento, un mareo debido al espacio, a lo inconcebible, a lo vacío. Por la noche, soñaba a menudo que navegaba en medio de la nada, rodeado de estrellas y planetas. Siempre despertaba con ese pequeño estremecimiento vibrando en su pecho.

–Y el anillo, ¿de qué está hecho?

–En realidad hay dos anillos. Pero nuestro instrumento no es lo bastante bueno como para distinguirlos. Al analizar la luz de un planeta puede averiguarse la composición de su superficie. La de Saturno seguramente está compuesta de gases venenosos, amoníaco, metano. Pero es hermoso.

–Y los anillos, ¿de qué están hechos los anillos?

–Probablemente de hielo.

–Hielo.

Y había más planetas; Mercurio, o el acompañante, como lo llamaba su padre. Jason llegó a sentir gran cariño por el pequeño y rápido Mercurio, pero casi siempre resultaba muy difícil divisarlo. Y también estaba Venus, la estrella de la tarde y de la mañana. A veces es como una pequeña media luna plateada en el telescopio.

Y luego el rojo Marte, que parece una piedra preciosa. Marte es, quizá, el planeta favorito de Jason; durante medio año lo sigue todas las noches y dibuja su órbita en el mapa astronómico.

Y luego Júpiter, grande y hermoso con la mancha roja que parece un ojo y que hace que Jason se estremezca.

–El ojo rojo –dice su padre tranquilamente– es, tal vez, una gran isla que flota sobre la superficie; enorme, salvaje, arrasando a través de los siglos.

Y luego la luna –la luna de la Tierra– que resulta irreconocible cuando se observa a través del telescopio. Se ve tan próxima que se vuelve enorme. El paisaje lunar es conocido, y sin embargo desconocido. La luz es blanco amarillenta y blanco azulada, muy fuerte. Resulta agotador